

Los discursos grandilocuentes con que celebró el mundo la apertura del siglo XX, tuvieron una condición retórica y simplista que ahora es innegable. Se celebró una fecha del calendario, pero no una real transformación histórica; y la primera década, con tanta justicia llamada la "belle époque" fué el dorado crepúsculo de ese siglo XIX que alguien se atrevió a llamar "idiota". Para quienes hablamos desde 1958, Europa se nos aparece en ese tiempo, al menos exteriormente, como la ciudad turbulenta y alegre de la frase bíblica que se hacía voluntariamente ciega para los gérmenes renovadores que crepitan en ella. Los reconoció con amargo rostro al precipitarse, con un encadenamiento casi casual y juguetón, la primera guerra mundial, iniciada como un baile de máscaras en un lugar de diversión: Sarajevo.

«Hoy nos parece indudable que esto que llamamos siglo XX, y que no podrá ser nunca "idiota" sino suicida o demiúrgicamente creador, se abrió con dramático desgarramiento durante la primera guerra mundial y mostró su máscara conflictual e interrogante en 1918. Como si quisiera demostrar la teoría orteguiana de la sucesión encadenada de los siglos largos y cortos; al largo Renacimiento y Clásico-Barroco, el corto y fermental siglo de las luces; al largo y apasionado Romanticismo-Realismo, un corto siglo XX, que hierve de ideas y de transformaciones. Tendríamos así una vida corta, cuya brevedad, como en el destino de Aquiles, podría estar compensada con la gloria. Tenemos hoy cuarenta años y quizás ya hemos traspasado el punto que marcaba la mitad del camino de nuestra vida, sin que todavía hayamos podido abandonar la selva oscura en que estamos. Nos deslizamos ahora por la pendiente que nos lleva a la más expectante de las anagnórisis, porque en ella sabremos si hemos sabido jugar bien la carta del triunfo, o será hora de desperdigar para siempre la baraja. Esperemos verlo. Seamos optimistas.»

UNIVERSAL-GIGANTANASIA—

El primer signo rector de nuestra época es la universal-gigantanasia, como una obligación y una responsabilidad. Porque hemos decidido acometer la más audaz empresa: hacer el balance total de la historia humana en un desmesurado esfuerzo de catarsis y de creación. Europa comienza en la Edad Media esa exitosa invención que es la cultura occidental, y que fué el instrumento poderoso merced al cual se impuso al mundo; ese pequeño finis terre asiático fué movido por la inteligencia y el afán para desarrollar durante diez siglos una visión de mundo y hombre que vimos adoptada universalmente. Pero al llegar al XX, en un proceso que es en parte de regresión y en parte de transmutación, Europa toma conciencia de la pluralidad del orbe y decide abarcar todo, pesar todo, reelaborar todo, en un éxodo del tamaño natural del globo.

RAZAS Y CULTURAS—

León Frobenius ya al África no a conquistar ni a imponer, sino a conocer y a absorber. Apollinaire colecciona máscaras y fetiches de arte negro, y éste irrumpe en Europa, hace dar un vuelvo a las artes plásticas y últimamente a la literatura. Picasso vivifica su pintura con impenetrables rostros negros y Nicolás Guillén canta en las Antillas del ron sobre un jocundo ritmo de tambor. La minoría negra oprimida de los Estados Unidos encuentra el modo de infiltrarse en la cultura blanca dominante a través de la música; se crea el jazz. Debussy escribe su "Rapsodia para clarinetes". Gershwin ha de aparecer, Milhaud recoge la riqueza de sus ritmos en un Brasil de tónica negra, y Stravinsky aguarda para incorporarlos a su música al mismo tiempo que incorpora a ella, burlesca o líricamente, la más variada tradición occidental. Mientras Langston Hughes y Richard Wright crean una literatura del negro, Gilberto Freyre y Arthur Ramos descubren la naturaleza secreta de su país en la aportación africana.

"No sabré nunca decir por qué fui al Asia", dirá André Malraux, cuando escriba "La Tentación del Occidente", pero esa toma de contacto no sólo explicará un libro central como "La Condición Humana", que él descubre en china y no en Europa, sino que permitirá su más vasta y ecuménica construcción estética en "El Museo Imaginario". El arte asiático ya no dormitará en el Guimet o en el British Museum sino que será un instrumento vivo y respetado; sus bailes, sus costumbres, su sensibilidad extrema ingresan a Occidente no como un producto exótico —la escuela japonesa del XIX— sino como un incitante real. ¿No será en la India que Pablo Neruda encuentra más que en la literatura inglesa, la ardiente lujuria de su poesía? ¿Y no es en la India donde Albert Schweitzer, el hombre blanco que se irá a vivir en África, descubre la aportación filosófica más necesaria para el momento espiritual que vive el mundo? De acuerdo a la frase feliz de Tibor Mende, Asia y África entran en la escena, y sus razas comienzan a aportar la auténtica creación apenas disfrazada por el barniz occidental.

Todavía, con desesperado manotón de ahogado, alguien pretenderá endiosar la pureza de las razas, y es la propia Europa que con ingénuos sacrificios destruirá esta suicida regresión. Las razas conviven, también sus culturas, y algo aún más sorprendente: sus religiones. Una iluminada como Simone Weil abre el camino a una interpretación sincrética de las religiones. ¿Producto de la decadencia de pueblos envejecidos como las invectivas suicidas de Cioran, o iniciación de una renovación profunda en el panorama de las religiones hasta ayer incomunicadas, que ahora aspiran también a una creación superior?

HISTORICISMO—

Pero no sólo las civilizaciones actuales se hacen una en energética interacción sino que la historia entera se recupera como actualidad incitadora. A los Schliemann y Evans que descubren las civilizaciones minoica y cretense, sigue una inagotable serie —particularmente rica en Alemania— de arqueólogos, filólogos e historiadores que ponen a la luz nuestro pasado y que tratan de interpretarlo respetando su idiosincrasia: el Medio Oriente revela misteriosas culturas, América enriquece el panorama con las civilizaciones precolombianas.

Juntamente se descubre la contemporaneidad de la historia, al comprobarse que en el siglo XX conviven como realidades simultáneas y no como grados de una evolución fatal y necesaria, las más distintas culturas de los primitivos a los más refinados. Georg Frazer interroga el misterio de los mitos con "La Rama de Oro", virgiliana que abría el camino del más allá; Levy-Bruhl estudia las comunidades primitivas en África y Asia; Margaret Mead va a la Polinesia, y un arqueólogo-aventurero, Heyerdahl, hace de estas actividades académicas un hecho de resonancia popular con su viaje de la Kon-Tiki

para reconstruir el periplo de los navegantes polinesios y americanos.

Que a principios de siglo Mommsen, el historiador de Roma, recibiera un premio Nobel de Literatura, señalaba el creciente auge de esta disciplina que ha dado en el XX las más numerosas elaboraciones, y que de Spengler a Toynbee ha intentado la estructuración más ambiciosa. El historicismo de nuestro tiempo es caracterizado por Croce como "el hecho de reconocer el conocimiento histórico como el momento primario en el proceso de la acción moral" y hegelianamente verá en la historia la realización de la libertad. Toynbee por su parte asciende a considerar no historias nacionales, sino las de las sociedades civilizadas —sus conocidas 21— explicando sus procesos vivos y buscando un sentido a este inmenso desarrollo cuyo finalismo, herencia de un criterio que viene de la civilización hebraica, obsesiona a todos, y que él halla en la interna creación religiosa de ellas.

"La novedad, hoy, consiste en que la historia, se ha hecho por vez primera universal acaba de decir Karl Jaspers, quien observando el panorama de las formas político-sociales de nuestro tiempo, encara con cauto optimismo el desarrollo futuro de la civilización: "Si nos atreviéramos a anticipar una suposición, fundada sobre una pura analogía, sería la siguiente: pasaremos por estructuras análogas a las organizaciones planificadas de la alta antigüedad, como la de Egipto. Quizá la humanidad, atravesando estas organizaciones gigantes, se dirige hacia un nuevo período axial, para nosotros aún lejano, invisible, inimaginable, que verá el advenimiento verdadero del hombre".

UNA SOLA HUMANIDAD—

Cuando los socialistas utópicos del siglo XIX oponen al desarrollo maquinista e industrial, una teoría de recuperación y salvación del pueblo, y, más estrictamente, del proletariado, quizás no preveían al asuco que habían de ponerle a nuestro siglo. Porque la primera consecuencia en el campo de la cultura —y es esto también un índice de la gigantanasia del siglo— fué el principio de que la educación y la cultura no podían ya estar reservadas a una sola clase social y que en cambio eran el patrimonio indisputable de la totalidad de los hombres. Las leyes sobre la educación común de mediados del XIX, que entre nosotros repercuten con José Pedro Varela, son las que permiten la aparición de este poderoso instrumento cultural que es el periodismo —mientras no hubo lectores en suficiente cantidad no pudo haber periódicos— y simultáneamente la convicción de que el público ideal de las obras literarias o artísticas, debía ser la humanidad total, sin distinción.

Lo que esta convicción, implícita o explícita en el ánimo del creador, significa para la transformación de la cultura, es inmenso. Quedó abolida toda posibilidad seria de una "torre de marfil" y el escritor, en una u otra vertiente de lo real, aspiró a una comunicación amplísima de su experiencia y se sintió fecundado por su contacto vivo con una sociedad nueva. Esto no abolió las "élites" cuyo funcionamiento ha sido profucilo en el siglo XX como custodias y amparadoras de obras singulares para las que todavía no está adaptado el consumidor más vasto, pero el artista que estuvo trabajando en ellas supo desde el principio, como Darío, que aun siendo poeta de minorías indefectiblemente debía ir a las muchedumbres.

Simultáneamente se desencadena un movimiento que tiende a proveer de materiales a esta nueva e inmensa clase que asciende a la cultura y particularmente a establecerla como heredera de una civilización que ella no había procreado y a la que había sido ajena. Las inmensas tiradas de libros, discos, reproducciones de arte, así como el movimiento de standardización de productos artísticos que inaugura la experiencia de la Bauhaus, hallan su posibilidad en esta ampliación vertiginosa del consumidor operada por los principios de la educación popular y del acceso abierto a la cultura para todos. Los creadores también se apresuran a participar de este desarrollo: la llamada literatura social alcanza una categórica realidad y el escritor busca cantar el ambiente y la peripetia del hombre común en su trabajo, en su pueblo, liberándolo espiritualmente de la oprimente condición en que suele encontrarse, como simple instrumento de una acción que lo desborda.

Un movimiento tan dispar, en apariencia, al de la literatura social, como el futurismo que acaudillara Marinetti, cantando la máquina y su energía, deriva hacia las vastas epopeyas de la industria. El escritor trata de allegar al hombre que se siente insignificante, una interpretación de ese mundo en el que se considera arrastrado, explicándole las tendencias generales de las que participa. La música recupera los ritmos populares y los transfiere —Kodaly y Bartók en Hungría, Manuel de Falla en España—; la poesía descubre las realidades cotidianas e inmediatas asociándolas a un temperal entusiasmo —Dylan Thomas, Ungaretti, Essén, en parte el creacionismo y Vallejo—. Se crea el teatro popular destinado a las masas, donde se transforma el arte escénico, y el cine aspira por definición a la universalidad.

HOMBRE ADENTRO—

Universalizar bajo una sola óptica las civilizaciones contemporáneas, recuperar la historia toda, ascender las clases sociales a un proceso de integración, significó un esfuerzo cultural que vio al hombre insertado en las estructuras superiores de la sociedad. Pero simultáneamente, muchas veces como oposición dialéctica que tiende a una complementación superior, nuestro siglo presencia el desarrollo intenso de las ciencias del hombre, en particular aquella más privativa que busca explicitar su interioridad y las formas de su relacionamiento con el medio. El siglo XX es el triunfo de la psicología como ciencia independiente, simultáneo al de la sociología. Y esta psicología, en sus diversas formas —behaviorismo, Gestalt teoría— en definitiva busca respuesta, en lo concreto, a la interrogación: ¿Qué es el hombre?

Partiendo de la introspección bergsoniana, la psicología deriva muy pronto al análisis empírico del hombre, hallando aquí una segu-

uestro Mundo

ridad de conocimiento que a veces le fracasa cuando intenta una construcción teórica más ambiciosa. La literatura y el arte la acompañan. Del mismo modo que en el XIX Nietzsche decía que todo lo que sabía de psicología lo había aprendido en Dostoiévsky, es en la literatura donde se abastecen buena parte de las directivas psicológicas actuales, y una de las renovaciones de la crítica artística del siglo se inicia cuando Freud leyendo "Gradiva" u observando el "Moisés" de Miguel Ángel, o viendo la "Santa Ana, La Virgen y el Niño" de Leonardo, establece su teoría de la sublimación artística de los impulsos subconcientes, en particular los sexuales.

Es el psicoanálisis la derivación psicológica que concitó la curiosidad desenfadada del siglo: Freud había descubierto un nuevo mundo, el de nuestros secretos impulsos reprimidos, el del funcionamiento de la sexualidad, el lenguaje de los sueños. En cierto sentido debe verse el movimiento psicoanalítico como una de las partes —de las importantes— que integran el proceso de sincera clarificación de la vida humana que es uno de los motores de nuestra civilización.

Cuando Tristán Tzara desencadena el dadaísmo después de la guerra de 1918, y cuando posteriormente se organiza la escuela superrealista con los franceses Aragón, Eluard, Max Ernst, André Bretón, y los españoles entre los cuales militó un momento García Lorca y siempre Salvador Dalí, el psicoanálisis está en la etapa polémica. Los principios del surrealismo. —liberación del inconsciente, automatismo mental, asociacionismo espontáneo.— parecen reposar sobre los mismos lineamientos psicoanalíticos, de reconocimiento de la autenticidad de la vida inconciente.

Movimiento literario y artístico que se ha de desperdigar, Ingresando en parte, en los movimientos sociales, del mismo modo que del freudismo original, salen las escuelas divergentes de Adler, Karen Horney, Erich Fromm, aplicadas al hombre en sociedad y a los problemas neuróticos de su vinculación al medio moderno. Pero otros surrealistas cavarán más hondamente en busca de un mundo de símbolos trascendentes, como parece estar también en la escuela suiza de Karl Jung con su descubrimiento de la caracterología, su comprobación del funcionamiento del inconsciente colectivo, con sus prototipos ancestrales y su interrogación analítica de los mitos y símbolos más oscuros.

Una de las direcciones centrales de la nueva psicología será la que trate de entender el comportamiento psicológico del hombre como un todo en funcionamiento tenso, evitando la simplificación mecanicista de su segmentación en partes. Ejemplo al fin de esta tendencia general a abarcar la totalidad de los fenómenos. Pero en este proceso de revelación de las zonas, hasta el XX reprimidas ferocemente, se encontrará una veta de una riqueza insospechada: la sexualidad. Nuestra civilización anclará sobre este problema con una fijación tan intensa y obsesiva como la que formula otra hambre, la social; los dos animadores más vivaces del siglo.

Porque entre las alteraciones hondas y sorprendentes está la que Zulueta llama el dimorfismo sexual de nuestro tiempo: mientras el hombre continúa una línea de progreso armonioso, la mujer entra en un vertiginoso desarrollo que en solo cuarenta años la pondrá a la par del hombre en todas las actividades. Los golpes y contragolpes de este dimorfismo son aún ignorados pero han complicado agudamente nuestra existencia. Zulueta veía que de ello saldría en última instancia un gran bien para el mundo, porque la cultura dejaría de ser exclusivamente masculina, como lo ha sido desde hace milenios, y empezaría a ser "humana" en su acepción más amplia y normativa. Pero mientras tanto, el proceso de acomodación de estos elementos nuevos se ha hecho difícil, y la extensa literatura sexual, que llena librerías y tiene numerosísimos lectores, nos muestra el esfuerzo pedagógico de reestructuración de las relaciones humanas desde el nuevo ángulo, para calmar el desasosiego que ha sembrado entre los seres humanos el descubrimiento de la sexualidad elevado a categoría de discusión intelectual.

Las creaciones de un D. H. Lawrence, de un Henry Miller, de un Joyce, nos revelan al escritor trabajando en esta zona de adoctrinamiento moral que le es privativa desde hace siglos. Pero también está la literatura de Gide a Genet para explicarnos que la luz se ha hecho sobre zonas consideradas patológicas y que ingresan como materiales que deben elucidarse. La importancia del tema sexual en las artes y las letras contemporáneas es casi immedible porque en verdad él las sumerge, desde la procacidad escandalosa a la severa requisitoria. En todo caso es un campo que el mundo actual ha aceptado como real y tan merecedor de respeto como los más espiritualizados.

A ello agrégase que la mujer ha puesto ya una nota original y distintiva en la cultura: por un lado demostrando su posibilidad de actuar paralelamente al hombre en ciencias y enseñanza; por otra parte creando obras originales con un sello peculiarísimo que se repite desde Virginia Woolf hasta Teresa de la Parra.

Pero, sobre todo, este nuevo mundo surgido del análisis del hombre ha exigido la creación de una nueva moral y es aquí donde la labor de los escritores ha resultado más intensa: es ese el signo orientador de la mayoría de las creaciones literarias noveladas, y donde el escritor encontró una función, paralela a la del educador, pero más honda. No se detiene en los hechos particulares, sino que con mayor calado va hasta las raíces espirituales de la crisis de transformación del hombre contemporáneo. "Los caminos de la libertad" de Sartre como la reciente y singular novela de Faulkner, "PARABOLA" buscan una reubicación del hombre en esto que se ha llamado el esfuerzo humanista de las literaturas modernas.

LA DESMITIZACIÓN—

Este hombre moderno ha sentido agudamente que se encuentra perdido en un excesivo bosque que no lo contempla ya con miradas familiares. A su lado la ciencia ha desarrollado sin milagro sus posi-

bilidades y con la ayuda de una técnica que ya está regida por el absurdo y lo imprevisible. El mundo en que vivimos es en definitiva un mundo científico, mensurable y energético, que parece poder regirse —la cibernética— casi sin el auxilio del hombre. Pero es sobre todo un mundo que opera la desmitización del hombre. Desde Bultmann a Theilhard de Chardin, de Martin Buber a Romano Guardini, los espíritus religiosos contemplan con sobresalto creciente este proceso de destrucción del mito que por algunos aspectos puede asemejarse al de racionalización operado por el siglo XVIII.

Ocurre que el hombre es ante todo una entidad espiritual que se formó en una situación envolvente y de rica comunicación animica, que ahora se le desmorona; o es, como dice ingenuamente Huxley, uno o varios anfibios, un yo comunicado con múltiples no-yos, que se siente desnudado, medido, analizado y esterilizado por el mismo mundo que está creando. La crisis del hombre actual es la de su desacomodación con el universo que ha insaurado y al que no sabe orientar; muchas veces se ha recordado la infantil historia del aprendiz de brujo. Sentirse injustificado, carecer de una orgánica cosmovisión, es de las situaciones más dolorosas, de las que imposibilitan la vida.

De ahí el esfuerzo de los escritores para reconstruir, con los pedazos de un inmenso imperio destruido, una esperanza espiritual, animadora y trascendente. Cuando Bradbury cuenta la historia alucinante del piloto de una nave interplanetaria que se echa a buscar como loco el dios que ha reaparecido pocas horas antes que él llegara a un planeta del espacio; cuando Faulkner cuenta la historia de ese caporal acompañado de doce soldados que inmoviliza el frente de batalla en la guerra del 14; cuando Kazantzakis cuenta cómo de nuevo ha sido sacrificado Cristo; cuando Toynbee, por obra de su impregnación cristiana, busca un sentido trascendente al funcionamiento de la historia; cuando hacen todo eso están testimoniando una actitud esforzada del hombre para superar el drama de su crisis presente. Lo que las artes y las letras han hecho en esa dirección es realmente fabuloso, y esa vocación es la que explica el vínculo que las une íntimamente con la filosofía. Corrientemente se habla hoy de escritores-filósofos, y ellos son muy conscientes de la nutrición ideológica que les ofrece para su arte el mundo de las ideas.

Enfrentada a la corriente del racionalismo tradicional que ha alimentado vastos movimientos políticos y que a través de Hegel pervive en el marxismo contemporáneo, nuestra época ha visto la difusión de un oscuro contradictor hegeliano del XIX, Kierkegaard, que encontró en Heidegger y en "Ser y Tiempo" su expresión que por sucesivos grados se ha popularizado: el existencialismo.

Una pléyade de pensadores disputan las distintas subcorrientes existenciales. Entre ellos están Nietzsche, Sartre, en la posición atea; Chestov, Soloviev, Berdiaeff, Karl Barth, Marcel, en la tesitura religiosa; sin contar Unamuno, Schelex, Jaspers, Abbagnano. "La primacía de lo individual, de la subjetividad, de lo inmediato, es común a todas las filosofías de la existencia" dice Caillois, y utilizando el esquema de Sartre, explica que "para todas ellas la existencia precede a la esencia. El hombre no es un ser definible; tiene que definirse; es tal como se hace. El concepto fundamental de esta filosofía debe ser la existencia humana, concebida como finitud, y es por ella que se abre hacia el ser, que es capaz de verdad y al fin de cuentas de libertad".

Contrariamente a lo que se ha interpretado exteriormente, este movimiento no es de pasividad ni de renuncia sino que intenta una creación original, individual del hombre, fuertemente activa y responsable, y que, como piensa Sartre, conduce a un nuevo humanismo. Es un esfuerzo para atribuirle nuevamente al hombre su libertad en este mundo ahogante, para hacerle tomar conciencia de su ser original; en suma, para fortificarle en esta experiencia de gigantancia acumulada en que hemos ubicado la aventura del siglo XX.

ADONDE VAMOS—

"Muere o deviene" había sido una insignia cara a Goethe, y es él quien forja la primera premonición del hombre actual cuando crea el mito fáustico. Porque el pacto que hace ese ardiente Fausto con Mefistófeles parece el que hemos hecho nosotros: "Si jamás me tiendo descansado sobre un lecho ocioso, perezca yo al instante; si jamás con halagos puedes engañarme hasta el punto de estar yo satisfecho de mí mismo; si logras seducirme a fuerzas de goces, sea aquél para mí el último día". La eterna acción como inagotable creación del mundo.

Y a la actitud de nuestro siglo se le podría poner como distintivo la frase de Marx: hasta ahora las filosofías han interpretado la realidad; ahora les corresponde transformarla. Un secreto resorte parece haber puesto en repentino funcionamiento apresurado al hombre, decidido a transformar la realidad y a crear un mundo nuevo, de un extremo a otro. Esto es lo que hace la grandeza y el riesgo de nuestra aventura; pero esto es lo primero que debe aceptarse como presupuesto viviente.

Le oí decir muchas veces a Gervasio Guillot Muñoz que tan importante como la patria en que vivimos, es la grande del tiempo en que pasamos. "Nuestra patria espiritual es el siglo XX" y no hay aquí más que una comprobación. Los signos de esa patria son, en parte, los anotados velozmente en las páginas anteriores, y si considero fundamental subrayar hasta el exceso el criterio energético de esa patria espiritual es porque lo más grave de la situación latinoamericana es su inmovilismo. Como si este medio continente hubiera resuelto continuar dormitando cuando todos los demás aguzan su lucidez.

Picón, cuyo excelente libro panorámico nos ha sido de especial ayuda para este trazado, cita en su magistral ensayo previo la frase de Alguí: "Todos los pensadores parecen hoy coincidir en la concepción de un hombre que engendra sus valores, que construye la verdad, que transforma el mundo en lugar de contemplarlo; de un hombre humanizando y haciéndose", lo que depara un nuevo humanismo que "parece el propio de nuestro tiempo y que, sin duda, es el único humanismo coherente y total".

Y es verdad que cuando se repasan las ochocientas páginas del libro de Picón, lo que se experimenta es un inmenso júbilo. Porque si bien nunca resultó más amenazadoramente cargado el cielo, ni más signos de muerte se entremelzaron con nosotros, tampoco nunca pareció vivirse una época más llena de fuerza, de lucidez, de verdad, y nunca la pelea pareció más incitante que ahora.

Angel Rama

EP 203, Montevideo, 1958.